

*UN DÍA, UNA NOCHE...
TODOS LOS DÍAS*



Mirta Macedo

ediciones **orbe** libros



Mirta Macedo nació el 6 de julio de 1939 en la ciudad de Treinta y Tres. De profesión, Asistente Social.

Vivió en el campo parte de su niñez y en diferentes ciudades y pueblos del departamento. Vino a Montevideo a estudiar siendo muy joven. Acompañó los acontecimientos de la década del '60 convirtiéndose en militante comprometida.

Fue detenida durante la dictadura militar desde los años 1975 a 1981.

Como profesional se ha desempeñado en diferentes instituciones habiéndose especializado en violencia doméstica y maltrato a la infancia. Ha trabajado en diferentes programas y proyectos relacionados al tema así como publicado algunos trabajos dentro de la temática.

Sobre el tema de los derechos humanos participó como co-autora en un trabajo llamado "Todo encuentro es un reencuentro" en el libro "Represión y Olvido" publicado por SERSOC.

UN DÍA, UNA NOCHE...
TODOS LOS DÍAS

© Mirta Macedo, 1999

Ediciones ORBE Libros
Carlos Roxlo 1373
Tel. 408 72 13
Orbelibr@adinet.com.uy
Montevideo - Uruguay

ISBN 9974-661-01-3

Diseño de tapa y diagramación: Alejandro Schinca

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, transmisión o archivo en sistemas recuperables, sea para uso privado o público, por medios mecánicos, electrónicos, fotocopiadoras, grabaciones o cualquier otro método, total o parcial, del presente ejemplar, con o sin finalidad de lucro, sin la autorización expresa del autor.

A los que no les permitieron sobrevivir.

A mis entrañables compañeras de prisión.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a todos mis amigos/as, compañeros/as que desde diferentes formas me apoyaron para concretar el trabajo. Destaco el apoyo incondicional de dos colegas y entrañables amigos que desde historias y edades diferentes se constituyeron en mis imprescindibles: A.S. Gustavo Varela y A.S. Laura Cafaro.

A mi compañero Leopoldo y a mi hijo Leonardo que desde el silencio y la comprensión acompañaron este mi largo proceso de poder decir.

A MODO DE PROLOGO

*Sólo os pido una cosa: si sobrevivís a esta
época, no olvidéis.
No olvidéis ni a los buenos ni a los malvados.
Reunid con paciencia los testimonios sobre
aquellos que cayeron
Por ellos y por nosotros.
Un día el hoy pertenecerá al pasado y se
hablará de una gran
época y de los héroes anónimos que han
hecho historia.
Quisiera que todos supiesen que no hay héroes
anónimos.
Eran seres con nombre, con rostro, con deseos
y esperanzas y
el dolor del último de los últimos no ha sido
menor que el del
primero, cuyo nombre perdurará.*

Julius Fucik

El lector se enfrentará, a partir de empezar a recorrer estas páginas, a algo más complejo que un testimonio producto, entre otras cosas, de una legítima necesidad personal. Cuando ponemos la palabra “enfrentar”, lo hacemos con la intención de que el lector al igual que su autora, –aunque seguramente de una manera menos dolorosa–, realice un aprendizaje sintetizador a partir de este especial y dramático relacionamiento sujeto-mundo.

El sujeto, en razón de haber sido un militante es también un sujeto colectivo. El mundo, es aquel que se abre (o se cierra), a partir de que una capucha y los más refinados métodos de tortura, nos pone al filo de la locura y la muerte.

“La salud mental consiste en el aprendizaje de la realidad, en una relación sintetizadora y totalizante, en la resolución de las contradicciones que surgen de la relación sujeto-mundo”. Pichón Riviere.

El terrorismo de Estado implantado a partir del Plan Cóndor en los países del cono sur en las décadas de los 70 y 80, constituye para los sostenedores de la impunidad, una página que hay que dejar atrás. Para las víctimas empecinadas en vencer todas las formas de la impunidad, dar vuelta la página, implica primero escribirla. La autora-víctima, está en esa contribución de documentar un pasado reciente y trágico de nuestra sociedad.

Al igual que en los centros (clandestinos o no) de detención y tortura, unos y otros, víctimas y victimarios continúan enfrentados.

Por esa razón, el modelo represivo estatal, fríamente racional, y no simplemente, como la suma de las pasiones y violencias de ocasionales militares, es uno de los personajes de esta historia. Ese modelo de represión y muerte, conjuntamente con la resistencia al mismo, nos deja planteado que la producción reflexiva sobre la dictadura y sus consecuencias no ha sido suficientemente globalizado.

Desnudar la esencia del Estado terrorista, rescatar la memoria frente al enorme andamiaje negador, es algo más que un desafío individual en un época en la que, como nunca se ha cultivado el ejercicio del olvido en proporciones tan grandes. Sin proponérselo como el único centro de su trabajo, la autora ensaya con singular honestidad una contestación ante la respuesta del discurso silenciador que intenta de mil formas, obturar el análisis de los hechos y de las responsabilidades emergentes.

Frente a la propuesta de clausurar la memoria, Mirta Macedo recurre a ella y la colectiviza. Frente a las propuestas de acotamiento de los límites de la revisión del pasado, nos sumerge en el del dolor y su sufrimiento. Ante la construcción de un sub discurso negador del terrorismo de Estado, nos entrega una materia prima, por paradógica que pueda parecer,

imprescindible para la salud mental de una sociedad como la nuestra.

Una lectura de los dos tomos de “La Subversión: Testimonio de una nación agredida” publicados en 1978 por la Junta de Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas, nos permite visualizar los mecanismos a partir de los cuales se construyeron los objetivos-víctimas de su accionar. Por su parte este testimonio desnuda el diseño militar en acción contra esas víctimas.

El no entender los mecanismos de construcción de ese vasto campo victimológico construido desde el propio Estado y sobre los cuales se actuó en la forma que se denuncia en este trabajo, constituye un grave riesgo para el futuro democrático de un país. No haber desde el Estado democrático, construido la VERDAD histórica de ese período, es además de una apuesta a la ignorancia, un reconocimiento tanto a ese campo victimológico, como una legitimación de un accionar (adecuado a los tiempos actuales) sobre ellos, aún en la actualidad.

Seguramente para los sostenedores de la impunidad, este libro no será un aporte a la reconciliación nacional. Ese discurso de la reconciliación esconde la existencia de ellos y nosotros. Asesinos y torturadores, enfrentados a sus víctimas. Ignora que no hay reconciliación posible en tanto siguen vigentes sus roles antagonicos. Los torturadores no han dejado de serlo, reivindicán su condición, aunque hoy no

maten. Y las víctimas, aún lo siguen siendo porque el silencio cómplice no quiere poner fin a uno de los aspectos más aberrantes de nuestra historia: la desaparición forzada de personas.

El libro empieza hablando de la necesidad de un rescate que sin duda no le fue fácil a la autora, en razón de que ese tramo de la historia del país está muy entrelazado a una historia personal y termina hablando de los que fueron y son las grandes victorias que se le han ganado a la oscuridad.

Raúl Olivera Alfaro
Secretaría DDHH PIT/CNT

"Plan de exterminio: arrasar la hierba, arrancar de raíz hasta la última plantilla todavía viva, regar la tierra con sol.

Después, matar la memoria de la hierba. Para colonizar las conciencias, suprimirlas; para suprimirlas, vaciarlas de pasado. Aniquilar todo testimonio de que en la comarca hubo algo mas que silencio, cárceles y tumbas.

Está prohibido recordar".

*Trozo de "Días y noches de amor y guerra",
Sistema II,
1978 Eduardo Galeano*

PRESENTACION

Este trabajo obedece a la necesidad de rescatar del olvido un tramo de la historia del país y a la vez expresar mi compromiso de darlo a conocer.

Son algunos hechos de lo acaecido en 1975, durante la dictadura militar, fundamentalmente un tramo de la Prisión Prolongada, llamada TORTURA. *“La Prisión prolongada es un “trato cruel” y continuaba con el objetivo que por otros métodos se perseguía en la tortura. Esta mediante un abrumador aflujo de estímulos en calidad y cantidad, en un período de tiempo de semanas y meses. La otra por un proceso lento y continuo, inteligentemente planificado y dosificado, desgastante a largo plazo, medido en años y...”*.¹

Para lograrlo he tenido que apelar a todas mis reservas. No me ha sido fácil pensar, escribir, leer, corregir.

Con un lápiz y un cuaderno en las manos, he vuelto a rememorar el pasado, y he transitado por interminables y dolorosos estados: la negación, el ocultamiento, el llanto producido por tantos recuerdos y una lenta elaboración de este período cargado de sueños no realizados, de frustraciones, de mie-

¹ REVISTA APORTES, pág. 45, Artículo «Consecuencias psiquiátricas de la Tortura y la Prisión Prolongada», Dr. Orlando Martineli.

dos, de temores, hasta llegar a un tiempo que me permitiera empezar.

Protagonistas de un tiempo oscuro a tantos años, algunos de nosotros recién podemos tímidamente hablar en voz *“no muy alta”*.

Bruno Bettelheim hablando sobre el tema, en uno de sus trabajos dice que existen tres formas de encararlo: *“Unos que el problema los destruye; otros que niegan el impacto, y otros aceptan el dolor y emprenden una lucha para enfrentar los aspectos más terribles de la realidad”*.²

Hice un gran esfuerzo por ubicarme en esta última posición.

Cuando comencé a ordenar mis recuerdos traté de seleccionar los que habían dejado una huella más profunda en mí. No quiere decir que estos sean los más representativos del período y de los lugares por los cuales pasamos. Fueron simplemente los que más me impactaron.

No relato día a día, porque sería imposible. No podría recordar cada detalle de aquellos oscuros días en el Galpón, la Cárcel del Pueblo, Punta Gorda.

Algunos recuerdos son demasiado dolorosos, asoman tímidamente y luego desaparecen. Es difícil precisar cuantas veces pasamos por cada instrumento de tortura, sería imposible.

² «El corazón bien informado», Bruno Bettelheim, pág. 106, Ediciones Fondo de Cultura Económica

Al no ser escritora de profesión, me permito dejar errores en la escritura, así escribo a veces en primera persona, otras en tercera: Me es más fácil estar entre nosotros que en un oscuro rincón del Galpón y además sola.

Los protagonistas son de carne y hueso, tienen nombres y apellidos y son todos los que por allí pasaron, porque todos pasaron por lo mismo.

He transitado un largo y conflictivo proceso que empezó con pensar que debía y terminó por expresar lo que sentía.

Las largas etapas del mismo se cruzaron y entrelazaron, con diferentes estados anímicos, comprensión, tolerancia para mi sufrimiento, rabia, dolor, y al fin... creación.

Quizás en las primeras etapas, el contar se remitía a emitir conceptos muy amplios, como nos colgaban, nos pegaban, siempre en tercera persona, repartiendo el dolor entre todos y haciendo distancia conmigo.

Hubo otra instancia en la que hablamos mucho del torturador. Tenía nombre y apellido. Lo que nos había hecho a cada uno, lo que sabía de nosotros, de nuestras vidas, nuestra familias, nuestros hogares, nuestro trabajo y alguno, hasta nuestros secretos.

Ubicado frente a nosotros, ocupaba un lugar importante en el relato. Era visualizado en forma inconsciente aún con poder más allá de nuestra libertad.

Hasta que fuimos ocupando otro lugar y cambiando la relación de asimetría, para desplazarnos de esta situación.

Hablamos en otro período, de los instrumentos de tortura y del uso que le dieron de acuerdo a los problemas de cada uno.

Prácticamente en casi todos estos períodos, apelo a la ironía, salvadora de situaciones angustiosas.

Me era más sencillo contar que había comido mierda, diciendo como era, que decir que había estado en un tacho de agua con la cabeza adentro, o colgada en un gancho deseando morirme.

La ironía me permitió hablar de las estructuras militares, ridiculizándolas.

Luego me apoyaron las lágrimas, y fueron saliendo los relatos más duros como fantasmas que oprimían.

Una larga y beneficiosa terapia salvadora de mi vida acompañó mi proceso de cambio ¡felizmente!

Pude después relatar con mayor severidad y distancia los hechos.

Hoy puedo contar todo lo que mi memoria y mis miedos me permiten. Pero aún pasados los años, cuando lo hago, se estruja el corazón, se agolpan en mi memoria los rostros de dolor y aún siento los gritos de un pasado que pide que ¡no olvidemos!

Artículo No. 9: "Nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado".

INTRODUCCION

Uruguay llegó a ser a fines de la década del '50 un próspero país en el conjunto de América Latina, al que se le denominó "la Suiza de América".

En la década del '60 grandes sectores participan activamente en el quehacer político, social en un auge de luchas que auguran grandes cambios.

Los primeros años de la década del '70 están signados por grandes conflictos. Los años '72 y '73 presentan un panorama sombrío y dramático que culmina con el Golpe de Estado el día 27 de Junio de 1973 en el marco de importantes desinteligencias de las Fuerzas Armadas, que encabezan e instrumentan la Doctrina de Seguridad Nacional que barre con la democracia, considerando como enemigos a todos aquellos que "pensaran" en forma diferente.

Se disuelven las Cámaras de Diputados y Senadores y como la más alta expresión de oscurantismo, se interviene la Universidad barriando de esta forma con su autonomía.

Se desencadena una situación siniestra en el país que desestabilizó todas las áreas. Con rigurosa meticulosidad mediante el PODER obtenido se apoderaron de la economía, los medios de comunicación, el aparato estatal, la sociedad civil.

La expresión más alta de la represión está dada por el número de presos, desaparecidos y exiliados. Se concreta una persecución sin límites a todo ciudadano con o sin militancia política.

*“El Censo de 1975 (que se corresponde con el período en que fueron mayores las detenciones) contabilizó 2.788.429 habitantes, se obtiene que hubo aproximadamente 18 procesados por la Justicia Militar cada 10 mil uruguayos. Si al número de los procesados se le suma el de los detenidos y liberados sin procesamiento, la cifra se eleva haciendo del Uruguay la nación que tuvo el mayor número de presos políticos en relación a su población. La relación sería aproximadamente 31 presos políticos cada diez mil habitantes.”*³

Se estimó en el momento que 50 mil personas pasaron por interrogatorios, cárcel, cuarteles y centros clandestinos.

El 50% del presupuesto nacional fue asignado para las actividades represivas.

³ «Represión y Olvido», pág. 19, artículo «Papel de las Instituciones de Derechos Humanos en la atención a las víctimas de la violencia organizada», Psic. María del Rosario Aguirre

Entre las denuncias del momento se anota que 500 mil ciudadanos emigraron por razones políticas, económicas, etc.

Se efectúan allanamientos, detenciones, robos, desapariciones. Se instituyó la TORTURA como un atroz instrumento.

Una situación de terror, horror y desestructuración gana al conjunto de la población.

El régimen utiliza la comunicación como un instrumento al servicio de sus objetivos instalando, entre otros, un servicio de "cadena de radio y televisión en determinadas horas del día, durante años, con el objetivo, no sólo de divulgar el *número de subversivos que iban deteniendo y sus acciones*, sino de mostrar la capacidad operativa que poseían y las dimensiones de la misma.

Para llevar a cabo este Proyecto el miedo fue el elemento necesario para el control social.

Este se constituyó en un componente permanente del orden autoritario y su presencia fue utilizada con diferente intensidad en los distintos períodos.

Nadie sabía a donde conducían a los detenidos, a nadie se le dijo que la tortura era diaria, pero la sociedad entera sabía que estaba pasando.

La represión se constituyó en una actividad permanente, incentivando la atomización, el silenciamiento, terror y retraimiento.

Mueren en ese período cientos de ciudadanos cuyas muertes quedan impunes hasta nuestros días.

El régimen inmerso en su carácter destructor viola el contenido de la Declaración Universal de los Derechos Humanos aprobada y proclamada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 10 de Diciembre de 1948, de la cual Uruguay es miembro.

DETENCION

Fui detenida en octubre de 1975 por el Organo Coordinador de Operaciones Antisubversivas (O.C.O.A), por ser militante de una organización política proscrita por la dictadura militar.

Vivía en un edificio de apartamentos en la calle Piedras e Ituzaingó. El edificio era chico, por una escalera se subía al 2do. piso donde se encontraba mi apartamento.

La puerta del edificio siempre estaba cerrada con llave, la de mi casa también.

Al sentir que abrían la puerta, me levanté en camión y sólo tuve tiempo para llegar al comedor.

Ya habían encendido la luz, así que pude ver exactamente quienes eran.

En la misma puerta del comedor, en donde hice mi primer parada, mis esfínteres no resistieron el impacto y quedó debajo de mis zapatillas un enorme charco de orina que estimuló a uno de los “jefes” llamarme “meona”.

Entraron aproximadamente a las dos de la mañana. Era un grupo de hombres armados. Con sus revólveres en mano, comenzaron una búsqueda que dejó todo en el suelo, tiraron libros, revistas, ropa, cubiertos. ¡No quedó lugar al que no llegaran! Se

llevaron el dinero que tenía en una caja de madera en el dormitorio.

Pasaron de habitación en habitación, el dormitorio, el baño, la cocina hasta llegar a la puerta de un pequeño patio, que revisaron minuciosamente, en su afán de encontrar “algo”.

Me permitieron ir hasta el dormitorio con la puerta abierta y vestirme.

Paradójicamente y quizás con la esperanza inconsciente de un tiempo breve para lo que se me avecinaba me vestí con la ropa que había dejado al lado de mi cama, pues al otro día debía partir muy temprano.

No tuve tiempo para razonar que aquello que vestía, no era lo más adecuado para la ocasión, por lo tanto marché hacia mis pesares con un conjunto marrón –aún nuevo– que tiempo después, devolverían en parte, a mi familia, hecho jirones.

Me sentaron en una silla y comenzaron a preguntar. Me hicieron sacar una funda de mi almohada para usarla de capucha.

Todo el operativo no duró mucho tiempo.

MONTEVIDEO, 1975

Montevideo recibía la primavera de 1975. Sol, colores, brotes en los árboles y flores irrumpían a la vida cotidiana, dando un tono de luminosidad al tiempo que vivíamos.

Las noches se hacían mas tibias y las estrellas brillaban con mayor intensidad.

Vivía en un extremo de la ciudad, en La Ciudad Vieja. Un barrio complejo, heterogéneo.

Grandes edificios de apartamentos, bancos, financieras, interrelacionaban con viejas casonas coloniales semidestruidas.

El Puerto de Montevideo, ubicado en el lado norte del barrio, le proporcionaba un movimiento comercial y turístico que lo hacía más atractivo.

Diariamente grupos de turistas, bajaban de los barcos y recorrían las calles para conocer “el casco primitivo”.⁴

Coches de la policía deambulaban por las calles cobrando sus “coimas” a una prostitución callejera, envejecida y empobrecida, en un mundo visible de carencias que denunciaban la injusticia de un tiempo.

⁴ Casco primitivo –Ciudad Vieja– lugar donde se ubicó la ciudad de Montevideo, durante la Colonia.

En aquella época los ómnibus entraban a la Ciudad Vieja desde la Plaza Independencia por la Calle Sarandí, hacia el final del barrio. Al retornar a mi casa, bajaba en la calle Juan Carlos Gómez y me introducía en un pedazo de historia del país. Monumentos históricos; el Cabildo, La Catedral, La Plaza Matriz, La Puerta de la Ciudadela... y recorría la calle Ituzaingó hasta llegar a Piedras.

La Plaza en esa época no tenía el aspecto actual, de día los niños correteaban en sus caminados y gastados canteros aprovechando en sus juegos el agua de la vieja fuente que se encuentra en el centro.

Los árboles de la Plaza, testigos silenciosos de la vida del barrio empezaban a mostrar sus brotes verdes y nuevos, contrastando con las calles casi sin gente de un Montevideo que se apagaba lentamente, en presos, tortura y dolor.

¿A DONDE IRE?

En esa época, se conocían los centros que empleaban para torturar o para concentrar detenidos. El año '75 plantearía nuevas situaciones.

Eran conocidas y temidas la Jefatura de Policía, el Dpto. de Inteligencia y Enlace No. 5 de la calle Maldonado, el CGIOR (Centro General de Instrucción de Oficiales de Reserva) y otros, famosos por los atroces mecanismos de tortura que empleaban.

La experiencia que dejaba la caída del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), indicaba el uso para fines de tortura, de cuarteles, vagones, depósitos, casas clandestinas.

Los primeros grupos de detenidos a partir de octubre de 1975 transitamos diferentes lugares. Primero nos concentraron en la conocida "casa de Punta Gorda", al aumentar el número de detenidos, fuimos trasladados a otros centros clandestinos, que fueron especialmente "acondicionados" para poder "trabajar mejor" – según ellos.

Estos lugares fueron: Una casa requisada al MLN años anteriores, conocida como la "cárcel del Pueblo" ubicada en la calle Juan Paullier; un lugar llamado el 300 K y/o 300 Carlos ubicado en el Batallón de Infantería No. 13 del Camino de las Instrucciones y por último distribuyeron a la población encar-

celada por diferentes cuarteles del Ejército Nacional.

Con un grupo de mujeres y hombres pasé al Batallón de Infantería del Km 14 de Camino Maldonado donde estuvimos hasta el año 1976, en que fuimos trasladados a los Penales de Punta de Rieles, las mujeres y al Penal de Libertad, los hombres.

En este último lugar –el Cuartel– fuimos procesados.

Antes y después del procesamiento y por un largo período, muchos de nosotros, fuimos llevados nuevamente al 300 K para ser torturados.

Todo este operativo de cambios, trámites, procesamientos, torturas e incertidumbre, duró un año.

LOS HECHOS

En el edificio de la antigua ONDA, frente a la Plaza Libertad, se detuvo el auto que me conducía. Uno de los jefes bajó a un bar a comprar cigarrillos.

Me hicieron colocar en la cabeza una funda de mi almohada que mientras me desplazaba en el vehículo estrujaba entre mis manos con gran nerviosismo.

Me inclinaron en el asiento hacia abajo y no volví a ver la claridad del día por un largo período.

No pude precisar si el viaje fue corto o largo. Sentía miedo, conocía las historias de “torturas” que circulaban por Montevideo y también a muchos de los que ya estaban adentro.

Necesitaba en un breve lapso que no sabía cuando terminaría, ordenar mis ideas y el miedo que se había apoderado de mí, para ubicarme no de “frente”, sino “en” la nueva realidad en la que me iban insertando.

Pero la lucha que trataba de entablar conmigo mismo moría ante las imágenes aterradoras de la tortura y los nombres de los “muertos más recientes”.⁵

⁵ Trozo de una canción de Zitarrosa

Con los ojos cerrados, temblando, ante un enemigo fuerte, poderoso, fui imaginando por donde pasaba. Atrás quedaron El Cabildo, La Matriz, La Ciudadela. Una parte de la Ciudad Vieja dormía, la otra, aún estaba despierta. De sus bares nocturnos se escuchan los besos y amores pagados...

Todo quedó atrás, como quedarían también varios años de mi propia vida...

LOS INFIERNOS

II. PRIMER INFIERNO:

La casa de Punta Gorda.

En la Casa de Punta Gorda fue donde estuve menos tiempo. Cuando llegué me ubicaron en una habitación abarrotada de gente, había un pequeño baño al que fui sólo una vez.

Totalmente provista de instrumentos de tortura, "tachos, ganchos para colgar, picanas, bastones con pilas que producían descargas, caballetes"... y música fuerte.

Por debajo de la venda pude ver los diseños de las baldosas. Tuve la sensación de que los diseños se movían ante cada movimiento que involuntariamente hacía y que ellos voluntariamente provocaban.

Todos amontonados, prácticamente nos tocábamos unos con otros, sentía sensación de acorralamiento.

Por días no comimos ni tomamos agua, sólo se escuchaban órdenes, golpes, gritos de dolor.

Todo el tiempo que estuve en la Casa, fue de plantón y me hicieron interrogatorios breves.

Me encontraba parada con las piernas abiertas y los brazos extendidos hacia los costados. Me habían sacado un "poco de ropa", por lo que sentía un frío terrible.

Me colocaron una piola con un cartón en el cuello y me asignaron el No. 27 de la caída. Así desde el primer día, comenzó el empeñoso y siniestro proceso de despersonalización, borrar la identidad.

Me ataron una venda de felpa de color verde, me sacaron el saco y la pollera que llevaba. El espacio de la Casa se hacía cada vez más chico, a medida que traían gente...

Sin embargo el espacio que ganaba el sufrimiento era cada vez mayor...

EL SEGUNDO INFIERNO:

“La Cárcel del Pueblo”.

(En la calle Juan Paullier)

Luego de unos cuantos días pasé con un grupo a una vieja casa que la llamaban el 300 R o “La Cárcel del Pueblo”.

En calidad de “depósito” fuimos alojados en sus amplias habitaciones llenándolas por completo. Era una vieja casona con grandes habitaciones y muebles a lo largo de un patio con claraboya, un patio exterior –al fondo– desde donde se podían ver algunos edificios de la ciudad. Había un garaje donde entraban y salían los coches. En ese lugar habían arreglado un espacio para sacarnos fotos.

Las paredes de algunas de las habitaciones mostraban grandes agujeros sin poder observar a donde conducían. Habían ubicado a las mujeres en una habitación y a los hombres en el resto de la casa, sentados en el suelo alrededor de las paredes de las habitaciones. Más adelante nos dejaron sentar y descansar en algunos escasos colchones que debíamos compartir. A algunos de nosotros nos permitían realizar movimientos puntuales, por ejemplo cuando llegaba la comida la distribuíamos, aprovechando así para conocer la salud, el estado general de los depositados en la “Cárcel”.

“La Cárcel” estaba custodiada por tres guardias de particular que hacían un horario de “24 por 24”. Rápidamente emergieron los “buenos y los malos” con perfiles muy claros. La guardia “mala” era consecuente con esta denominación. A su mando, un joven, golpeaba a puñetazos a los hombres permanentemente, causando verdaderos estados de pánico. Por ellos mismos supimos que era un boxeador y años mas tarde lo reencontramos envejecido y taciturno deambulando por las caballerizas del Penal de Punta de Rieles.

La “guardia buena” permitía un encuentro de segundos a las parejas que allí se encontraban. Nos daban un desayuno por la mañana y dos comidas por día. Pasábamos al baño y nos sentaban o quedábamos parados durante el día. Esta rutina era varias veces interrumpida por los “jefes” que venían a controlar, o a buscarnos para el interrogatorio. El Comando de los “jefes” estaba ubicado en la Casa de Punta Gorda.

El 1ero. de noviembre un encargado de la guardia nos dijo que al día siguiente seríamos trasladados a un lugar terrible y que ahora empezaba lo peor.

¡Fue difícil entender lo que quiso decir!

A la hora de tirarnos al piso llegaron “los jefes”. Nos hicieron formar fila a todos y en un juego incomprendible nos cambiaron de habitación. Las

mujeres pasamos a la habitación de los hombres y ellos a la nuestra.

Aún era imposible entender que esto era parte de una táctica para desestabilizar, desconcertar, confundir. El 2 de noviembre desde las “pequeñas cárceles” nos trasladaron al 300 K, el infierno o el Galpón, en el temido Batallón de Infantería No. 13 del Camino de las Instrucciones donde la O.C.O.A. había instalado su comando.

*“Y un día triste entre todos,
triste desde mí hasta el lobo,
dormimos y despertamos
con un tigre entre los ojos”.*

Miguel Hernández

EL TERCER INFIERNO:

EL 300K – EL GALPON – EL INFIERNO.

BATALLON DE INFANTERIA No.13.

Al llegar, los altoparlantes con la mayor intensidad posible, anunciaban nuestra incorporación a un mundo demencial.

Todos los discos requisados a cientos de personas, sonaban a la vez. La voz de Fidel en la 2da. Declaración de la Habana, canciones de la República Española, La Internacional, voces de conocidos políticos del momento y un ritmo de cumbias, feroz, implacable, fuerte, desafiando la capacidad de tolerancia de cada uno.

Nos bajaron de un camión en el que fuimos trasladados y nos hacían correr hacia diferentes lugares. A mí me dejaron frente a una pared.

El 300 K, “el Galpón” o “el Infierno”, era un enorme galpón, ubicado en un predio del Batallón de Infantería Blindado No. 13, en Camino de las Instrucciones.

El piso estaba totalmente agujereado, con grandes pozos, cubiertos con largas maderas, montones de pedregullo esparcido por todos lados, viejas maquinarias y hierros daban la impresión de un taller o depósito.

Hacia un lado había grandes puertas corredizas, un baño, una cocina, la enfermería. En uno de los rincones había una enorme pila de libros y revistas que habían requisado.

A lo largo de la pared frente a las puertas había un gran espacio dividido en tres sectores: El A, B, C.

En los dos primeros había sillas. Al que le habían destinado más espacio era al sector C, estaba ubicado frente a la escalera que conducía a la parte alta de la edificación donde interrogaban y torturaban.

De diferentes formas se torturaba en todos. Posiblemente los objetivos de cada sector fueron cambiando con el tiempo. El pasaje por cada uno, era un agitado vaivén de palizas, colgadas, tachos, plantones, caballetes, picanas, atentados, manoseos...

Para llegar a la parte alta de la edificación, subíamos 18 escalones, caminando, arrastrados a empujones, a puntapiés. Conocí tres habitaciones, donde interrogaban, había escritorios, sillas.

La otra estaba acondicionada con todos los instrumentos de tortura: los ganchos para colgar, las cuerdas, los tachos con agua, el caballete.

Enseguida de la escalera había un corredor con una baranda de barrotes gruesos, que daba al frente de todo el galpón.

Cuando llegamos a ser muchos usaron la baranda como “ganchos” para colgar. Las cuerdas con que nos ataban los brazos para este operativo penetraban en los músculos, lacerándolos y produciendo enormes marcas y hematomas que permanecían por largo tiempo.

Frente a los ganchos, tirado en el piso, había un guante de cuero que usaban para borrar las marcas que quedaban en los brazos.

Había mucha gente en el Galpón, no nos conocíamos, no sabíamos quienes éramos. Sólo que estábamos allí, de pie, con las piernas abiertas y los brazos en alto, cuando ya caíamos de cansancio nos dejaban sentar en el piso sucio y mojado, sólo unos instantes.

Cuando nuestros cuerpos empezaban a aflojarse y querer descansar, las voces furiosas de mando nos levantaban entre golpes de vuelta al plantón.

A veces era difícil sostenerse de pie, caíamos cansados y enseguida nos levantaban a patadas.

Utilizaban “toletes” (6) con pilas que producían descargas y dejaban enormes hematomas en brazos, piernas, cuello, en todo el cuerpo.

Coches entraban vertiginosamente y frenaban a nuestro lado, abruptamente.

El movimiento de las puertas, autos y camiones era constante.

⁶ Toletes: bastones con pilas que producían descargas

Los ruidos y los gritos se hacían cada día más intensos. Aumentaba la población, todos los días llegaban camiones repletos de gente.

De mañana nos daban un pedazo de galleta duro, incomible con un café diluído, quemado. Al medio día y a la noche una especie de guiso aguachento, oloroso, grasiento... Por muchos días no nos dieron comida. Tomábamos agua cuando íbamos al baño.

El baño se convirtió en una de las torturas más escalofriantes. Nos llevaban dos veces por día, nos ubicaban uno detrás de otro "en trencito" y así hombres y mujeres marchábamos al mismo baño con las puertas abiertas ante la mirada de quienes nos custodiaban.

Nuestros movimientos eran observados atentamente por ellos, entre risas e insultos debíamos "concretar", de lo contrario corríamos el riesgo de no volver hasta la mañana siguiente.

Muchas veces nos "hacíamos encima". Nuestras ropas estaban rotas, manchadas, pegadas.

Debajo del enorme techo y entre los hierros, revoloteaban alegremente gorriones ausentes del dolor de los de abajo.

Dos o tres veces por día sentíamos el ruido de una locomotora, que evidentemente pasaba muy cerca.

*No hay cárcel para el hombre.
No podrán atarme, no.
Este mundo de cadenas me es pequeño y exterior.
¿Quién encierra una sonrisa?
¿Quién amuralla una voz?
Miguel Hernández*

LA TORTURA

Definición de la O.N.U. – 1975

1. “Se entenderá por tortura todo acto por el cual un funcionario público u otra persona, a instigación suya inflija intencionalmente a una persona penas o sufrimientos graves, ya sean físicos o mentales, con el fin de obtener de ella o de un tercero información o una confesión, de castigarlo por un hecho que haya cometido o se sospeche que ha cometido, o de intimidar a esa persona en otros...

2. La tortura constituye una forma agravada y deliberada de trato o pena cruel, inhumana o degradante.”

EN CARRERA

La tortura tenía como objetivo recoger información mediante la destrucción física o psíquica de los presos utilizando técnicas para disuadir, convencer, crear confusión, inventar situaciones.

A través de ella, mostraban una fuerte estructura jerárquica, omnipotente, capaz en su poder de producir un temor desestabilizador.

Trataban de resquebrajar nuestras identidades, de desvalorizarnos, de llevarnos a situaciones tanto físicas como psíquicas por debajo de los límites tolerables para cualquier ser humano.

Vaciarnos totalmente, quitándonos nuestra intimidad, aislándonos de nuestra historia. Quedando solos. Desamparados en un inmenso galpón que sólo nos ofrecía represión y dolor.

Torturaban a todos por igual. No distinguieron jóvenes de viejos, hombres de mujeres, enfermos de sanos.

Habían logrado hacer de la tortura un fenómeno colectivo. Siempre a nuestro lado alguien herido, lastimado, tirado, sangrando, gritando.

Buscaban la desmoralización cuando afirmaban que ya “todos habían cantado”, consigna que corría por el Galpón a cargo de los “jefes”.

El cuerpo depositario de su fuerza brutal recibía permanentemente sus ataques y golpes.

Cada golpe recibido nos destrozaba más, convirtiéndonos en deshechos humanos, sucios, olorosos, con la ropa rota, la sangre y la materia pegada en lo que quedaba de nosotros.

No podíamos hablar, no podíamos movernos, teníamos las manos atadas.

Estábamos de plantón, sentados o tirados en el suelo por días.

No podíamos ver, teníamos los ojos vendados.

No podíamos dormir, hacía frío y había mucho ruido.

La comida era poca y mala. Pocas veces tomábamos agua, teníamos miedo a que le agregaran algún alucinógeno.

Ibamos y veníamos de sus aparatos de tortura.

Muchas veces observamos por debajo de la venda un cuerpo inmóvil, que luego desaparecía, con el tiempo supimos que lo había matado.

La capacidad para crear un ambiente siniestro y de terror no tenía límites.

Interrogaban día y noche, eran permanentes las “bajadas y subidas”.

Llamaban por los números que nos habían asignado, colgado con una piola y un cartón en nuestros cuellos.

Interrogaban en todos lados, en el suelo, sentados, parados, colgados, mojados.

Eramos todos actores y testigos de una desenfrenada locura.

Todos sus movimientos causaban terror e impotencia. Podíamos esperar en el Galpón lo imprevisible.

Nuestras cabezas buscaban afanosamente formas de escapar de aquel horror, defensas puntuales, sueños rápidos.... Así todos estuvimos alucinados.

Nos permitíamos un escape, cuando el sueño, el hambre, el terror se intensificaba.

Estos sueños consistían en mezclar elementos de la dura realidad, con trozos de nuestras historias de vida.

“Cuando se produce una situación de peligro, el cuerpo recurre a sus sistemas de regulación, y se produce un cambio, en el que se ponen en marcha nuevos mecanismos de control. Esta noción de homeostasis o equilibrio ha sido entendida como el concepto unificador de la teoría de la personalidad.

En la vida psíquica actúan también sistemas de regulación que apuntan a lograr una estabilidad y coherencia en la conducta, impidiendo los comportamientos patológicos o desviados. Freud, su descubridor, los llamó mecanismos de defensa o técnicas del yo.”⁷

Estas fantasías –forma de escapar de aquel horror–, se producían cuando esperábamos para ser interrogados y torturados.

⁷ “Psicología de la vida cotidiana”, Enrique Pichon-Riviere, Ana Pampliega de Quiroga

Cuando se producía el llamado por ejemplo –27 arriba!!– reaccionábamos pasando de la fantasía a la realidad en forma rápida, como un hecho natural.

Al momento de sentir los números con los que nos identificaban, la conciencia afloraba totalmente, estábamos en guardia para el interrogatorio atentos y lúcidos.

El interrogatorio significaba no sólo enfrentarse con la O.C.O.A, sino enfrentarse a lo que sabían de nosotros.

Sí, para el interrogatorio había que estar fuerte, por los métodos que empleaban, y por las consecuencias, para lo segundo había que estar mejor aún.

Había que tener en cuenta que estábamos con los ojos vendados, que nos estaban observando y que cualquier gesto o movimiento nuestro, podría ser utilizado en nuestra contra.

La segunda situación producía una sensación de desnudez total, desprotección, bronca y dolor.

Mucho de lo que habíamos silenciado en base a golpes, cables y colgadas, parecía de conocimiento de la O.C.O.A. El impacto que producían estas situaciones, nos llevaban a sobredimensionar la información que manejaban, pensando que su conocimiento era total.

Con el tiempo, durante el interrogatorio, nos fuimos dando cuenta hasta donde realmente su información era completa y como algunos de los elementos que nos decían eran señuelos para hacernos caer.

Eran sólo sus intuiciones dichas a modo de afirmaciones que les permitió aproximarse.

¡Así que no todo estaba dicho!

Sin embargo, la información que manejaban de nosotros era bastante completa.

Conocían los objetos materiales de nuestros hogares, los cuadros, los libros, las mesas, etc. Pero también conocían los problemas de salud, la situación de los hijos, las calificaciones de cuando éramos estudiantes. No sólo lo material, sino todos aquellos elementos que les permitieran hacer “una aproximación diagnóstica de cada uno de nosotros”.

Uniendo estos elementos, más la directa observación de nosotros en el proceso del interrogatorio, terminaron por tener un cercano conocimiento en cuanto a nuestros intereses, nuestros proyectos, deseos y también un intento de aproximación a nuestro mundo afectivo.

Hasta el punto de que se convirtió en el centro fundamental del combate. En la medida en que lo pudieran romper, rompían nuestro yo, y eso significaría la destrucción total.

El cuidado del mundo interior, los recuerdos, los dolores, los amores, tenían que ser guardados de tal forma, como los nombres por los cuales nos golpeaban.

Porque ese era el pilar que nos sostenía, era la sobrevivencia.

Podrían lastimarnos pero, ¡¡¡ jamás podrían penetrar en nuestro interior!!!

PEQUEÑAS ESTRATEGIAS PARA SOBREVIVIR A LA TORTURA

Desde que llegué a los Infiernos, pude percibir que para sobrevivir, había que estructurar una estrategia para cada lugar, situación y sortear los obstáculos de la mejor forma posible.

Sin embargo, esto se hacía muy difícil. Privados de los sentidos vitales, vista, oído, las manos atadas, sin movimiento, pensar en ello era casi una imposible ambición. Debíamos concentrar la atención y estar alertas ante los llamados de los torturadores.

Me dejaron un tiempo considerable en el sector A, allí permanecíamos sentados, y desde ese lugar nos llevaban a las torturas específicas.

Conocimos el suplicio de la silla que anhelábamos cuando estábamos de plantón. Nos sentaban dejándonos días enteros.

Después de estar un rato, los glúteos comenzaban a hormigear, un dolor profundo se instalaba en la espalda, las piernas comenzaban a pesar.

Había que crear alguna forma para estar en ella, cuidando que pequeños y mínimos movimientos que requería el operativo no llamaran la atención a la guardia.

Dividí los glúteos en cuatro partes y les asigné un número, en forma lenta me fui apoyando en cada uno y girando en un pequeño círculo, tratando de

contar. Traté de respetar un tiempo igual a cada número.

Giraba y giraba imperceptiblemente para soportar el dolor.

En la silla, intenté realizar atrevidas operaciones aritméticas, pero mi asumido desencuentro con las matemáticas me conducía a frustraciones sucesivas.

Fijaba la mirada –por debajo de la venda– y dejaba correr la imaginación.

Pero la estrategia más común, era acercarme a todos los recuerdos y aferrarme a mi historia.

Sentía que haciéndolo protegía la identidad que querían borrar y que yo trataba de conservar.

Pero no solamente la silla exigía estrategias, el plantón exigía una serie de requisitos.

Nos tenían un tiempo parados y nos dejaban sentar en el suelo unos segundos. Esto se convertía en un juego doloroso para nosotros, y divertido para ellos y a medida que avanzaban las horas, era necesario alternar las piernas para que sobre una recayera el peso del cuerpo.

Exigía rapidez al sentarse en el suelo, no perder tiempo y aprovechar los segundos de descanso. Rapidez al levantarse para no ser picaneados o golpeados y así sucesivamente.

*“Piedras, hombres como piedras,
duros y plenos de encono,
chocan en el aire,
donde chocan las piedras de pronto”*
Miguel Hernández

UN DIA... RAZONAMIENTO COHERENTE

Un día como tantos, en medio de una siniestra situación de ruidos, escuché un breve monólogo.

Era la voz de una mujer.

En medio del caos y la destrucción una pregunta ingenua, precisa y justa, cae en el inmenso Galpón, incorporándose a los múltiples ruidos.

Pregunta: ¡Por favor! ¿Hay alguien que razone aquí?

Nadie responde, continúan acentuándose cada vez con más fuerza e intensidad los ruidos.

Mujer con tímida voz, valiente al enfrentarse a la situación, reclamaba una cuota de razonamiento!!

Pero allí se había producido una ruptura total con la razón...

Sólo había cabida para la destrucción...

UN DÍA... ALICIA

Un día como tantos, íbamos en un “trecito” hacia el baño, no se si era de noche o de día.

Pasamos frente a una compañera que hace días se encontraba parada en un interminable plantón.

Debajo de sus piernas abiertas había mucha sangre.

Alguien la reconoció y arriesgando los golpes le preguntó: Alicia, ¿estás lastimada?

Alicia respondió: No se preocupen ¡estoy menstruando!...

UN DÍA... PLANTÓN

Uno de los terribles días del Galpón nos encontramos próximos a la escalera. Estábamos de Plantón.

El día fue tan largo como siempre, no hubo comida ni agua. Nos encontramos desnudas con los brazos en alto y las piernas abiertas.

El cuerpo agotado recibía todo el peso del dolor, los brazos se movían, las piernas temblaban.

La guardia que nos custodiaba mostraba ese día un estado especial, se habían sacado sus camisas olorosas, transpirados, con sus penes erectos, pasaban por las filas manoseándonos permanentemente...

Con sus sucias manos tocaban nuestros senos, cuello, genitales...

Alguien gritaba, yo no podía hacerlo.

Apretaba con fuerza las mandíbulas. Los dientes se enfrentaban como una furiosa pelea.

Me dolía el cuello que lo mantenía totalmente rígido.

Contraía cada vez más los músculos con toda la fuerza que me iba quedando. La fuerza física me estaba protegiendo.

Sentía muchas veces que esos eran los últimos aires que respiraba y, contrariamente me sorprendía pensando en el día y en la mañana y no dejaba de pensar: ¿Volveré a sentir el sol que tanto amo? ¿Volveré a caminar por las calles? ¿Volveré a sonreír?...

REINVINDICACIÓN EN EL INFIERNO: La Manguera de Rita

Ir al baño significa participar en un perverso espectáculo para la guardia que nos custodiaba.

Desde el comienzo era acompañado con golpes, risas, manoseos. Formaban una larga fila, nos colocaban unos detrás de otros con las manos en los hombros del que iba adelante: el trencito.

Cuando llegábamos al lugar había que esperar que saliera una compañera y/o compañero para entrar al inodoro.

Todo lo dirigían ellos, indicaban quién debía pasar, a qué inodoro entrar.

La puerta siempre estaba abierta.

El operativo era difícil, exigía un adiestramiento que no teníamos, rapidez, no preocuparse por la higiene y ¡concretar!

Se cruzaba siempre la grosera voz del guardia, la risa, la palabrota.

En esas condiciones lo sencillo y natural se tornaba una dificultosa empresa en la que siempre perdíamos nosotros, agregándole al cuerpo dolorido una carga más.

Un día, en medio del operativo a Rita se le ocurrió pedir una manguera para higienizarnos.

¡Una reivindicación en el lúgubre Galpón!

Para quienes la conocíamos, no era difícil entender que por más peligrosa que pareciera la solicitud, Rita en medio de los ruidos y los gritos lo tenía planeado.

Había caído en los primeros días del operativo, era mayor que todas nosotras, vivaz, inteligente, creativa, militante desde joven, creció en un mundo desigual e injusto. La madurez le daba un encanto especial, rica en experiencia, transmitía seguridad y afectos a todos sin distinción.

Así fue como se alzaron para apoyar la reivindicación, algunas voces muy tímidas.

En esa situación, entre risas y palabrotas ellos, y nosotros encima de los pozos, sin ropas y en cuclillas fue pasando la manguera por los pequeños compartimentos para hacernos la higiene.

Cada vez que realizamos el operativo se agolpaban más hombres para observar, si bien era un terrible espectáculo, podíamos lavar heridas, limpiar costras y posiblemente prevenir alguna infección de las tantas que tuvimos.

EN VOZ ALTA

Uno de los actualmente desaparecidos, Eduardo Bleier, había caído también los primeros días de octubre o noviembre. Temperamental, virtuoso de la palabra, poseía un don gráfico y mordaz para expresarse. Protestando siempre ante los torturadores, sus gritos y quejas se escuchaban con claridad en el Galpón. Apaleado y ensangrentado como se encontraba, mostraba preocupación por sus compañeros buscándolos en voz alta. Cuando lo escuché, reconocí su no común timbre de voz. Un día lo siento con nitidez: “¡Turco, no te hagás dar palo al pedo!”

¡Bleier le reclamaba cordura a Altesor, que recién operado del corazón era torturado salvajemente y protestaba por el trato que recibía!

Así sensible y solidario, tal cual había sido su vida, se solidarizaba con sus compañeros en voz alta desafiando la reacción de los torturadores.

Posiblemente sus últimos pensamientos hayan sido apostando a la vida y a la gente que lo rodeaba, y sus últimas palabras con total rebeldía...

UN DÍA... UNA NOCHE?

Una noche, no puedo precisar qué hora sería. Estoy desde la tarde de plantón y me sacan del lugar sin decirme a donde me llevan. Me siento cansada, durante la tarde soñé con el poncho sucio y polvoriento, que llegaría la noche y me tenderían en él, pero ya el operativo del sueño se había concretado. Todos descansaban en el suelo y yo continuaba parada... Quizás la noche se presentaría dura.

Mientras camino con un hombre que me lleva del brazo, me imagino que voy nuevamente al lugar de tortura. "Tengo miedo, mucho miedo".

Caminé hacia la escalera. Mi corazón saltó, no la subí, continué un pequeño tramo y me detuvieron.

Sabía donde estaba. Podría recorrer todo el Galpón e identificar cada lugar. Es zona de peligro... pero ya había pasado la escalera. Me estremecí, qué pasaría ahora.

Reconozco el baño por su olor penetrante, veo por debajo de la venda sus baldosas, el agua sucia que corre por el piso, pedazos de papel higiénico, restos de comida...

Una voz me decía: ¡No mires para atrás!

Después ¡Levantate la venda! Lo hago.

En el suelo en medio de ese hediondo basural una montaña de platos y cubiertos esperan a que alguien los limpie.

¡Lavalos! Resuena la voz.

Comienzo la tarea con dificultades, me duele el cuerpo, no hay lugar que no albergue dolor. Sin venda puedo ver los hematomas de mis brazos, mis piernas.

Resuena nuevamente la voz ¡Date vuelta!

Frente a mi se encuentra un muchacho joven, con su pelo bien corto, vestido de civil con un reducido vocabulario.

Comenta que me conoce, pues ha hecho todos los traslados que me correspondieron. Pregunta por qué no hablo –¡si hablás no te pegan más! Sentí miedo, me pregunté si lo habrían mandado a “ablandarme” o si habría venido por voluntad propia. Y si era así, él jamás podría entender que el silencio significaba victoria!

Cuando termino la tarea, me pregunta si quiero algo. En forma inmediata le contesto si era posible cambiar la música. Acto seguido me contesta que no, sólo me podía dar ¡guiso o leche!

Luego me conduce a un poncho donde tengo espacio para acostarme, a mi lado se escuchan las agitadas respiraciones de compañeros que estaban lastimados.

En ese momento, escuché anonadada, estremecida la 9a. sinfonía de Beethoven que surgió en el te-

nebroso Galpón, surcando el aire, flotando sobre nuestros cuerpos doloridos, recomponiendo estados de ánimo, la sensibilidad lesionada, tan sólo unos instantes.

Abruptamente cambian y vuelven a sonar las cumbias. Es Radio Cristal, ruidosa acompañante de los días de dolor.

Y así abruptamente, como empezaban los hechos en el tenebroso Galpón, terminaban las pequeñas ilusiones también.

SIN PALABRAS

Nos encontrábamos en las peores condiciones, sucios, con hambre, sed, doloridos.

Día a día éramos llevados y traídos de un lado al otro. No había un lugar en el que no nos ubicaran. No había un día en que no nos llamaran para el interrogatorio, deambulábamos por sectores y rincones del enorme Galpón.

Cuando íbamos a los mismos nunca sabíamos si volveríamos...

Pasábamos a cada rato por todos los instrumentos.

A veces nos llevaban del sector y tardábamos días en volver a él. Nos ubicaban en otro lugar del galpón después de escalofrantes sesiones de tortura.

El movimiento era incesante.

Cada instrumento de tortura, era macabro, preparado para producir las sensaciones más dolorosas y angustiantes.

Pasábamos por un sucio tacho donde sumergían nuestras cabezas, tragábamos agua, sentíamos que nos ahogábamos, no podíamos movernos, un hombre, colocado al lado nuestro hundía más y más nuestras cabezas, una y otra vez, hasta llegar al límite de la asfixia. Nuestros brazos estaban inmobilizados, los teníamos atados hacia atrás.

El agua penetraba por la nariz, los ojos quedaban tremendamente irritados. Cuando sacaban nuestra cabeza hacia fuera tratábamos de respirar para evitar ahogarnos. El tiempo que estábamos afuera del agua era muy breve, sin embargo, había que armonizar dos situaciones. Saber en qué estaban ellos, qué preguntaban y atender nuestra respiración, aunque muchas veces ese lapso era tan breve, que todo se hacía imposible.

Tenían otra estructura de tortura que le llamaban “El Gancho”, como su nombre lo dice, se usaba como tal, para colgar. Era un gran dispositivo. Desde el techo, desde unos tirantes colocaban fuertes cuerdas que bajaban hacia el suelo, con ellas nos ataban los brazos y/o muñecas colocados hacia atrás. Cuando estábamos ya atados, tiraban las cuerdas, mientras nuestros cuerpos comenzaban a elevarse quedando suspendidos en el aire, balanceándose. Cada contorción que el cuerpo hiciera involuntariamente producía un terrible dolor y era usado por ellos, moviendo más las cuerdas.

Desde abajo tiraban de las mismas con fuerza una y otra vez, caíamos varias veces al suelo.

El tético entorno de golpes, música, agua, olores, más la intensidad del dolor, nos conducía inevitablemente a situaciones límites muy angustiosas.

Nos sumergíamos en una gran confusión, perdíamos la noción del tiempo, no sabíamos cuanto tiempo estábamos allí, del espacio, a que altura estába-

mos, aunque muchas veces el dedo índice del pie tocaba el suelo sucio. Y otras veces teníamos la sensación de caer de un precipicio.

No controlábamos los esfínteres...

El juego era incesante, nos bajaban y nos subían permanentemente.

Cuando caíamos nos decían: “¿Vas a cantar?” Entonces arriba nuevamente...

Las formas de colgar eran variadas como su imaginación; con los brazos hacia arriba; del pelo; de los pies, quedando el/la torturado/a con la cabeza hacia abajo con los brazos doblados, etc., etc.

Esa era una oportunidad que utilizaban para picar, colocaban cables que descargaban electricidad en los brazos, los senos, los genitales, la boca.

Los movimientos que los cuerpos realizaban en forma involuntaria por el dolor de las descargas, agregaba un sufrimiento más.

Así eran diariamente los días del Galpón, del tacho al plantón, del cable al gancho, del palo al caballete...

Pasamos todos sin excepción, hombres y mujeres. Aquellos con problemas de salud severos recibieron el mismo tratamiento sin excepción...

Reconozco que es injusto olvidarme de los millones de trágicos episodios que ocurrieron en este período, pero es imposible conocer a todos.

Lo que más recuerdo son aquellos que sucedieron a mí alrededor.

No sé quienes fueron los/las protagonistas, no conocía sus nombres, pero todo fue real.

Alguien se sentía mal, una mujer, la habían colgado por un largo tiempo, gritaba hasta que acallaron sus gritos con una mordaza.

La bajan abruptamente del gancho y cae sobre el piso sucio y mojado.

La arrastran entre un grupo de hombres y la suben a una camilla. Todos comentan y se mueven a su alrededor. ¡Algo anda mal!

Los brazos se van para atrás, no responden, pero ellos insisten en que deben estar “adelante”.

Nos cuenta más adelante, que se sintió infinitamente feliz, pues pensó que su tiempo había acabado ¡era el fin! No más tortura, no más dolor, no más denigración.

Un pequeño recuerdo para la familia, y no había más tiempo para prepararse para “su muerte anunciada”.

Percibe que son muchos los hombres que están a su alrededor, le dan un poco de agua, le controlan el pulso, presión, la escuchan. Reconoce la voz del médico.

Es el mismo que la revisó en la cárcel del Pueblo, él conoce parte de su historia médica.

Sabe que tiene problemas. Una mano recorre la cicatriz de su operación.

Le explica al médico como siente sus brazos, su fatiga. El médico le pregunta: “¿La colgaron?”. Con-

testando que sí, le solicita que no la cuelguen del brazo mencionándole, “...el problema que Ud. conoce”.

El médico le contesta afirmativamente. Inmediatamente la sacan de la camilla, arrastrándola. Cuenta que esos momentos fueron muy gratos, pensó que había encontrado algún ser sensato y sensible.

Posiblemente no lo volverían a hacer!

Su fantasía duró tan sólo segundos.

La ataron de los pies y la colgaron.

Sus brazos maniatados se tambaleaban de un lado para el otro. La posición con la cabeza hacia abajo le impedía respirar, la sangre y los líquidos del cuerpo bajaban hacia la cabeza, que parecía estallar de dolor.

Los líquidos mojaron su ropa, su cuerpo. Su tibia orina bañó su cara, tratando de que no penetrara en su boca, entraran en su nariz, con los movimientos que hacía su cuerpo, ingirió todo lo que pasó por su alrededor, levantó varias veces la cabeza, tratando de desembarazarse de su horrible situación.

La ahogaba y no tenía forma de evitarlo. La descolgaron y la llevaron nuevamente a la camilla.

La voz del médico que la había examinado le pregunta: “¿Bueno y ahora?”

Imposible encontrar las palabras para expresar este horror.

¡Era un médico!

¿Había hecho el juramento hipocrático! Que dice: *“En presencia de los Maestros de esta escuela, prometo y juro ser fiel a las leyes del honor y de la probidad. Mi estado no servirá para corromper las conductas ni favorecer el crimen. Si cumplo este juramento sin transgredirlo que me sea concedido disfrutar felizmente de la vida y de mi profesión honrado por siempre entre los mortales. Si lo violo, o me perjuro tendré una suerte contraria.”*⁸

Después entre unos cuantos hombres, la tiraron en un poncho, donde quedó por días.

Este hecho, fue denunciado en el Consejo Arbitral del Sindicato Médico del Uruguay, y en el Colegio de Abogados, en el período posterior a la instauración de la Democracia.

En la primera Institución el Dr. Jacobo Colenisky o Koliensky, médico del Hospital Militar en el período de la dictadura, especialización Cardiología, fue convocado a rendir cuentas por esta acusación, instancia de careo, donde se le brindó oportunidad de hacer sus descargos, reconociendo que como médico del Hospital Militar atendía a todos los detenidos.

⁸ Juramento de Hipócrates, 460 A.C

LA NOCHE DE LOS PERROS

La noche llegó. Ya nos habían tirado en los ponchos. Nos apretábamos en los mismos resguardando nuestros cuerpos, de las terribles descargas de los bastones que usaban.

Todo aparentaba ser como siempre, sin embargo, algo pasó, el ruido habitual de radios, grabaciones fue cesando lentamente...

Todo bajó su volumen, las voces, los ruidos...

Y en medio de ese entorno, casi sin ruido, se sienten corridas, saltos golpes... e invadiendo la inmensa extensión de El Galpón, se escuchan ¡ladridos de perros!

Mi corazón se agita. Siento muchos movimientos.

Todo lo que me rodea se mueve, me invade en siniestro temor.

¡Saltarán en cualquier momento, nos harán pedazos!, voy pensando a medida que transcurre el tiempo.

Siento los golpes que reciben los que intentaron levantarse.

Quería gritar y no podía; quise moverme y no podía, sentía que me enrollaba en mi cuerpo, tratando de protegerme, cada vez más, cada vez más. ¡El temor me había paralizado! No podía gritar, no podía moverme.

Mientras tanto el ladrido de los perros continuaba.
“Dónde estarán? A quiénes atacaron?”

La guardia corría gritando y descargando su furia sobre nuestros cuerpos...

De pronto, van dejando de ladrar, y se van restableciendo los ruidos habituales, la música, las voces, los coches que entran y salen.

¿Cuánto duró? Segundos, minutos, horas.

¿Un cassette o perros entrenados?

Doblada en el suelo, con frío. Aterrorizada, mojada, no cesaba de preguntarme, cuándo, cuándo terminarán?

¿Tendrá fin esta locura?

¿Por qué es tan intensa y extensa?

¿Tanto había cambiado el mundo para que se cometieran estas atrocidades?

¿Saldríamos con vida de este infierno?

¿Podría resistir más?

Y amando la vida y habiendo peleado por ella, soñaba con la muerte, como salvadora de esta terrible situación.

Pero mi corazón seguía funcionando, saltando todo el tiempo, con taquicardia o sin ella, y mi cuerpo y mi cabeza, doloridos y estremecidos seguían resistiendo a la barbarie.

¿NOS VAMOS...?

El frío había ganado nuestros cuerpos. La suciedad, el hambre y los harapos que habían quedado de nuestra ropa ensangrentada, no ayudaban a soportar la sobrevivencia.

Después de largos días de interminables sesiones de tortura, me tiraron sobre un harapiento y sucio colchón.

No tenía con que cubrirme, hacía un terrible frío, tiritaba, en todo momento. No me traían comida, ni agua y no me llevaban al baño, por lo tanto el harapiento y sucio colchón ofició de refugio total para mis pesares y también se constituyó en mi baño privado.

Un terrible dolor instalado en todo mi cuerpo, me impedía moverme.

Un día, como tantos del Galpón, un hombre de la guardia se acercó y dijo: “¡Putá! Qué olor tiene ésta!”

Entre unos cuantos guardias me llevaron al baño. Pude lavarme la cara, las manos y agachada en la letrina me arranqué con las uñas las costras que tenía adheridas a mi cuerpo.

Esos días me había sentido muy mal.

Me dolía el cuerpo y el corazón me saltaba todo el tiempo como si quisiera decirme algo.

Tirada en aquel rincón, sola, participaba de todo el movimiento del Galpón. Era como si se hubieran olvidado de mí. No me llevaron a interrogar, aquel olvido con seguridad tendría sus costos.

En mi silencioso puesto de observación y escucha comienzo a sentir que llaman una cantidad de gente por los números que teníamos. Me agito, trato de escuchar más. No hay silencio en el Galpón. Nuevamente se escuchan más números.

¡Entre ellos, estoy yo!

Trato de incorporarme, me apoyo en un brazo, pero me es difícil.

Por debajo de la venda, veo sus zapatos. ¡Han llegado a mi colchón!

Escucho un diálogo a gritos.

“Señor, no puede caminar!” “Tráiganla” y reservas inimaginables, afloraron para apoyarme en esta nueva gestión.

Un poco yo, y otro ellos, arrastrándome por el inmenso Galpón, llegamos a una silla que recogió mi cuerpo.

Después de algunos “trámites”, como revisarnos para comprobar que no llevábamos nada, nos arrastran a un “Ropero” –furgón cerrado herméticamente que sirve para trasladar presos– y como si fuéramos bolsas de basura nos arrojan en su interior. Así fuimos cayendo unos sobre otros, hasta que se des-

bordó por completo conformando una masa humana de dolor.

Apretados y doloridos el camión partió. ¡Cuánta incertidumbre! Terrible miedo a lo desconocido y nuevas preguntas. ¿Adónde ahora? ¿ Qué vendría? ¿Cómo será?

Mi corazón vuelve adentro del Galpón, “¿Y los que quedaron?”

“¿Sería posible liberarnos de ese maldito infierno?” Siento una mezcla de dolor y alegría.

Ya no sentía el terrible ruido de las cumbias.

El traqueteo del Ropero sacudió nuestros cuerpos doloridos.

Ibamos apretados, sin poder hablar, sin saber quiénes éramos, a dónde nos llevarían...

¡Pero íbamos!

Era en definitiva un paradójico, ¡transporte de la vida! Mezcla de dolor, alegría, rabia, sufrimiento. ¡Quizás no hubiera otro lugar tan terrible como este!...

ETAPAS

Sin embargo, aquel transporte de la vida, sólo fue la culminación de una etapa fuerte, pero no menor de las que vendrían.

Cuando llegamos a un lugar desconocido para nosotros –luego supimos que estábamos en el cuartel del Km 14 de Cno. Maldonado– nos hicieron saltar de los camiones, y debíamos correr hacia una pared, y un grupo de soldados al mando de un sargento de apellido Silva –a quién más tarde– conocimos personalmente, destrozó nuestras piernas, espaldas y cabezas con palos, que caían sin respetar edades, sexos, etc.

Soñábamos con la paz, la tranquilidad, los afectos, los rostros de los seres queridos.

Habíamos transitado una etapa, quedaban aún unas cuantas que desconocíamos! No teníamos noción de los tiempos en esta situación, desconocíamos aún los costos, las pérdidas infinitas por las que pasaríamos y el profundo dolor que se instalaría en nuestros corazones por años.

El año vivido en el cuartel nos enfrentó a un mundo controvertido y cruel.

Ambivalente como la misma estructura militar, nos mostró la continuidad de lo que habíamos ob-

servado en el período anterior, carente de sentido común hasta en las acciones diarias y cotidianas.

Allí estuvimos hasta mitad del próximo año, donde fuimos trasladados a los Penales de Punta Rieles las mujeres y al Penal de Libertad los hombres. En este nuevo lugar nos procesaron. Autoridades militares oficiaron de jueces, fiscales, abogados, etc.

Muchos de nosotros volvimos después de la farsa del procesamiento al Batallón de Infantería No. 13 -300K - y fuimos torturados nuevamente, sin contar para ello con nuestra situación de recientemente procesados y el levantamiento de la incomunicación que había significado que nuestras familias estuvieran en conocimiento del lugar en donde nos encontrábamos.

ALGUNOS NOMBRES

Anteriormente expresé que sólo relato los hechos que más me impactaron o que sucedieron alrededor mío. De otros, tengo un recuerdo vago e impreciso.

A los torturadores también los recuerdo, fundamentalmente aquellos que me torturaron, o ví como torturaban a otros. Operaban con seudónimos como "7 Sierra", "Oscar 1", "Oscar 2", también los llamaban "Señor", a veces "Capitán".

Quienes dirigían el operativo eran un número reducido que interrogaban apoyados por la tropa vestida de civil. Este grupo estaba encabezado por Jorge Silveira, Nino Gavazzo, Cordero y otros que manifestaban comportamientos despiadados e inmorales.

Los guardias que operaban en los centros clandestinos como la Casa de Punta Gorda, La Cárcel del Pueblo, el Batallón de Infantería No. 13 de Camino de las Instrucciones, eran miembros de batallones de los cuarteles: Grupo de Artillería No. 5 de la calles Burgues y la Brigada de Infantería No. 1 de Camino Maldonado. La actitud de la tropa en general, tenía una tendencia a acompañar el tratamiento cruel de los superiores y eran pocos los que no golpeaban. Muchos golpeaban por iniciativa propia.

El enfermero que atendía el 300 K, era un personaje siniestro. Distribuía medicamentos, controlaba la presión, nos atendía cuando estábamos heridos. Lo hacía desplegando una gran ironía. A todos nos llamaba "Carlitos".

También participaron mujeres en el largo operativo. Durante el año 1972, cuando se produce la caída del MLN, se creó un cuerpo de mujeres especializadas, las P.F., Policía Femenina. En la caída del '75, este cuerpo aún no se visualizó en la tortura, pero a partir de febrero del año 1976, este cuerpo apoya las acciones de los torturadores, trasladando, custodiando y participando activamente en las secciones. Cuando pasamos a los cuarteles y en el Penal de Punta de Rieles, las reencontramos. Su siniestro rol como especializadas represoras es uno de los capítulos más crueles e inhumanos a lo largo de la prisión prolongada.

REFLEXIONANDO...

Esta elaboración no sólo movilizó recuerdos, ausencias, períodos oscuros, sino me permitió reflexionar sobre la dignidad, la libertad, la impunidad. El trabajo está inmerso en la violación a los DDHH y los sueños de libertad siempre presentes.

La libertad significó la recuperación de la identidad, el derecho, y las posibilidades de recrearse en un mundo del cual nos habían separado hacía muchos años. Era lo deseado, aunque tardío llegó.

Pero la libertad no se recuperó con el sólo hecho de traspasar las barreras y abandonar el Penal.

La libertad involucraba la idea certera de que la democracia nos devolvería, si no los años perdidos, la esperanza de un país donde el ejercicio de los DDHH fueran respetados.

El restablecimiento de la Democracia hacía renacer en nosotros la esperanza de que se conociera la verdad y se hiciera justicia. Que se conocieran el horror, la tragedia, las pérdidas infinitas de tantos uruguayos que habíamos deambulado por cuarteles, centros clandestinos, casas de depósitos. Pero el proyecto desde la democracia fue contrario a nuestro sentir: silenciar y olvidar, para legitimar la impunidad que se institucionalizó en la sociedad uruguaya.

El olvido, estructurado desde los espacios públicos, ganó amplios sectores. Se produjo un silencio que atomizó a la sociedad entera.

La instrumentación desde el poder para perder la MEMORIA de este periodo histórico, se constituyó en factores mutilantes, que no permitieron el rescate total del período. Se negó la reconstrucción de la memoria, negando así parte de la historia porque esta se construye con todos los recursos de la sociedad, sin exclusiones ni olvidos. Sin miedos, ni temores en el reconocimiento de los errores y aciertos, pero nunca en el ocultamiento de una realidad que olvidarla avergüenza y empobrece la historia y el concepto de los derechos que deberíamos usufructuar los seres humanos. Los derechos elementales a vivir con dignidad, y el derecho a disfrutar de la libertad.

LA OTRA PAGINA

Costó reparar las dolorosas situaciones que la tortura y la cárcel dejaron en cada uno de nosotros.

La inserción al mundo y a la vida plena, pareció una gigantesca tarea. Los tiempos del mundo no eran los manejados en los seis años de cárcel. Las calles de Montevideo se veían grises y ausentes. La familia era diferente, los niños habían crecido y los viejos habían envejecido.

Y un día... me sorprendí pensando que era tiempo de recuperar la sonrisa y la risa. Así disfruté del sol, el agua, la lluvia, los encuentros y reencuentros, la amistad, el amor, la alegría. Y al fin dí vuelta hacia otra página: ¡La vida!, sintiendo que poder respirar, soñar, amar libremente eran las grandes victorias que habíamos ganado a la oscuridad.

Índice

A MODO DE PROLOGO	5
PRESENTACION	11
INTRODUCCION	15
DETENCION	19
MONTEVIDEO, 1975.	21
¿A DONDE IRE?	22
LOS HECHOS	25
LOS INFIERNOS	27
EL SEGUNDO INFIERNO:	29
EL TERCER INFIERNO:	32
LA TORTURA	36
EN CARRERA	37
PEQUEÑAS ESTRATEGIAS PARA SOBREVIVIR A LA TORTURA	42
UN DIA... RAZONAMIENTO COHERENTE	44
UN DÍA... ALICIA	45
UN DÍA... PLANTÓN	46
REINVINDICACIÓN EN EL INFIERNO: La Manguera de Rita	47
EN VOZ ALTA	49
UN DÍA... UNA NOCHE?	50
SIN PALABRAS	53
LA NOCHE DE LOS PERROS	59
¿NOS VAMOS...?	61
ETAPAS	64
ALGUNOS NOMBRES	66
REFLEXIONANDO...	68
LA OTRA PAGINA	70

Se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 1999
en **TRADINCO S.A.**
Minas 1367 - Tel. 409 44 63 - Montevideo - Uruguay
Dep. Legal Nº 317.300 / 99
Edición amparada en el decreto 218/996 (Comisión del Papel)



Desnudar la esencia del Estado terrorista, rescatar la memoria frente al enorme andamiaje negador, es algo más que un desafío individual en un época en la que, como nunca, se ha cultivado el ejercicio del olvido en proporciones tan grandes. Sin proponérselo como el único centro de su trabajo, la autora ensaya con singular honestidad una contestación ante la respuesta del discurso silenciador que intenta de mil formas, obturar el análisis de los hechos y de las responsabilidades emergentes.

Frente a la propuesta de clausurar la memoria, Mirta Macedo recurre a ella y la colectiviza. Frente a las propuestas de acotamiento de los límites de la revisión del pasado, nos sumerge en el del dolor y su sufrimiento. Ante la construcción de un sub discurso negador del terrorismo de Estado, nos entrega una materia prima, por paradógica que pueda parecer, imprescindible para la salud mental de una sociedad como la nuestra.

El libro empieza hablando de la necesidad de un rescate que sin duda no le fue fácil a la autora, en razón de que ese tramo de la historia del país está muy entrelazado a una historia personal y termina hablando de los que fueron y son las grandes victorias que se le han ganado a la oscuridad.